

JAVIER WIMER

EL SECUESTRO DE JENKINS: HISTORIA Y NOVELA

La afición por la novela histórica me viene de lejos. Cuando aún dormía en cama de barandal, mi padre me leía cada noche un capítulo de *Los tres mosqueteros*. Sin embargo, en el conocimiento de Alejandro Dumas no podía competir con Ana, mi abuela materna, cuya vida imaginaria transcurría, principalmente, en las cortes de Luis XIII y Luis XIV. Y digo principalmente porque disponía de otros escenarios: el Bajío guanajuatense, nostálgico continente sin litorales donde cada aldea y cada hacienda eran dueñas de sus propias historias de amor, de muerte y de fantasmas; la Roma de Sienkewics y el París inventado por Víctor Hugo y Paul Feval.

De modo que los personajes y sucesos de estos relatos entraron en mi conciencia antes de que aprendiera a leer y formaron el sustrato original de mi desconfianza por la preceptiva y por las diferencias entre los géneros literarios. Nunca me fueron útiles las clasificaciones para entender o disfrutar mejor la lectura de un libro.

Conviene, de todas maneras, recordar que la expresión novela histórica designa una obra de ficción que se identifica, en principio, con su variante popular del siglo XIX, donde personajes, lugares y episodios de la historia se utilizan como piezas prefabricadas del argumento.

Los orígenes del género son anteriores a la novela y a la historia. Datan de un tiempo feliz en que se confundían historia y mito, en que los hombres y los dioses, los hechos comunes y los prodigios, aparecían entreverados en el mismo plano de la realidad. A pesar de que estos poemas, sagas o crónicas estén considerados como obras de ficción, su lectura literal puede deparar sorpresas realistas como el caso notorio de la ciudad que encontró Schliemann entre las páginas de un libro.

Para efectos de divulgación y consumo, muchos son los atractivos que ofrecen las novelas históricas del siglo XIX. Cuentan las aventuras de personajes que no necesitan presentación y de otros —imaginarios, unidimensionales y

arquetípicos— que se definen por la dinámica de sus propias acciones. Lo hacen de modo simple, lineal, y por medio de una secuencia melodramática que subrayaba, a veces, su entrega periódica. Por eso resulta natural que atraigan la atención de un dilatado público que las reclamaba como artículos de primera necesidad.

El género desemboca posteriormente en una variante culta que se propone la recreación ideológica y psicológica de una personalidad o de un periodo histórico. Se trata de productos muy complejos y elaborados, de grandes novelas y de grandes maestros de la novela, como Hermann Brock, Robert Graves, Thornton Wilder, Arthur Koestler o Marguerite Yourcenar.

De estos modelos descende la actual novela histórica. Rafael Ruiz Harrell los conoce y los aprovecha para organizar literariamente los materiales procedentes de una investigación exhaustiva sobre el secuestro de Jenkins. Puede, por eso, documentar cada aspecto del caso y puede, sobre todo, dejar abandonada la maquinaria erudita que le sirvió para elaborar la novela y entregarnos una obra fresca, de fácil y amena lectura.

El elemento central que sostiene el interés de la novela es la historia misma del secuestro, las raíces y consecuencias de un episodio que nos permite asomarnos a la política de la etapa carrancista. Que un personaje tan poco atractivo como Jenkins se transforme en el centro de una intriga de proporciones internacionales, sirve a Ruiz Harrell para mostrar el andamiaje de intereses y equívocos que van creciendo en torno del incidente, que van apretando el nudo del conflicto.

El relato se inicia con el secuestro del cónsul norteamericano en Puebla durante una etapa turbulenta. Incidente menor en el caos revolucionario pero que, al combinarse con otros hechos, adquirió las dimensiones de un grave conflicto internacional. El gobierno carrancista, comprometido en toda suerte de batallas internas y externas, se apresuró a

dictaminar que se trataba de un autosequestro urdido por el Departamento de Estado y a esta tesis se atuvo, inmovilizable, durante un proceso pletórico de contradicciones y pruebas en contrario.

Triunfó la conocida terquedad de Carranza y su versión de los hechos llegó a instalarse como verdad oficial en los libros de historia. Ruiz Harrell se propuso investigar el episodio y reconstruirlo con rigor de historiador y con ingenio de novelista. El resultado es un libro por cuyas páginas desfilan personajes reales y algunos ficticios que son necesarios para dar consistencia, atractivo y verosimilitud literaria a la obra. Se trata de una genuina y agotadora investigación histórica y, también, de una novela modelada con ternura, inteligencia y destreza, escrita con la mano firme de un escritor que es dueño de su oficio.

El interés del argumento no consiste solamente en revelar los detalles secretos de un episodio político y policiaco sino en la infinitud de motivaciones subjetivas y circunstancias fortuitas que le dieron vida. Hustres protagonistas y modestos partiquinos son autores e intérpretes de esta tragicomedia que se organiza en torno de la razón de estado.

Tiene el libro una buena estructura narrativa y está escrito con limpieza y, sobre todo, con esa tensión propia del espacio privilegiado que todo texto de calidad descubre o inventa. ■

Rafael Ruiz Harrell: *El secuestro de William Jenkins*, Planeta, México, 1991. 306 pp.

